

El Revdo. F. Hugo se expresa sobre el mismo particular del modo siguiente: «El pueblo de Lancaster y Londres en nada se diferencia de aquellos paganos que nos pinta San Pablo con tan vivos y terribles colores.» (*Church Times*, Octubre 13 de 1876.)

El obispo protestante de Rochester, en un sermón predicado en la capilla real de St. James, decía: «Lamento la grosera, supina y casi brutal ignorancia de lo concerniente á su salvación, en que se deja vivir y morir á los clases trabajadoras. Para cientos de miles de compatriotas nuestros, el nombre de Dios sólo sirve para objeto de blasfemia: Jesucristo y su amor infinito está tan distante de ellos como una estrella fija.» (*Good Words*, Enero 1880, pág. 61.)

Treinta años hace que la Revista *Quarterly Review* decía: «Hay en Londres, y en las afueras, no lejos del centro de la ciudad, calles enteras donde vive la gente como si Dios no existiera. Podríamos citar barrios donde el concubinato es cosa corriente y general; donde los tenderos hacen público alarde de ateísmo, y obligan á los parroquianos á ser cómplices de sus blasfemias y otras lindezas por el estilo.» (*Quarterly Review*, Abril 1861 (1).)

¿Y todavía se pondrá por las nubes la civilización inglesa, como orgullo de nuestro siglo? ¿Y todavía habrá simples ó apasionados que llamen semibárbaros á España, Italia y otros países sobre que el Catolicismo derrama sus beneficiosas influencias? Hemos visto lo que es la civilización del Protestantismo y por el Protestantismo: un poco más abajo veremos la del Catolicismo y por el Catolicismo; y cuando comparemos á ambas, podremos juzgar si es ó no cierto, que distan entre sí tanto como el cielo de la tierra.

(1) Ya que el autor pasa por alto la condición de los obreros en las fábricas de tejidos, vamos á añadir cuatro palabras sobre el particular. En las fábricas de hilados de Manchester, por ejemplo, se trabajaba hace pocos años catorce horas diarias en grandes y pequeñas cuadras saturadas de polvillo de algodón y de emanaciones de aceite. Los hombres más robustos quedaban inválidos para los cuarenta años; y los niños que entraban en los talleres á los ocho, morían casi todos antes de los diez y seis. Estaba prohibido hablar. Llegando cinco minutos más tarde se pagaban 10 reales de multa. Si uno caía enfermo, debía poner un sustituto, so pena de medio *chelin*. (Véanse más datos sobre el particular en *Nuestro Siglo*, por Leixner.)

CAPÍTULO III

CIVILIZACIÓN PROTESTANTE EN IRLANDA Y LA INDIA

El célebre escritor francés, Juan de París, dice en su obra *La Question Irlandaise*.

«La Irlanda que en tiempos antiguos ocupó uno de los primeros puestos entre las naciones cultas de Europa, ha dejado un luminoso rastro en la historia de la civilización cristiana. Más tarde, la violencia ayudada por la traición, hiciéronla esclava del extranjero. Desde entonces, sus virtudes son la causa de sus infortunios. Fiel al credo de sus padres, es perseguida por un pueblo apóstata.»

Esta es la pura verdad. Y siendo esta isla uno de los países mas privilegiados por la naturaleza, dotado de un suelo fertilísimo y un clima suave; poblado por una gente brava é inteligente, á quien nadie supera en espíritu de empresa y de progreso; por un pueblo que en todas partes sabe ser libre, menos en su propio país; ocurre preguntar con M. de París: ¿cómo es que el nombre de Irlanda, en los oídos de todo el mundo viene á ser sinónimo de Tierra del hambre? Voy á contestar á esta pregunta, valiéndome del testimonio del tantas veces citado Mr. Lester, quien habla, no de oídas, sino de ciencia propia, adquirida tras diligente observación.

Ochenta páginas de su libro *The Glory and Shame of England* consagra á este argumento, trazándonos un cuadro histórico acabado, que intitula *Penas y luchas de Irlanda bajo la opresión inglesa*. Este escritor protestante no deja de reconocer que la brutal opresión social, política y religiosa que se ha ejercido con este heroico pueblo, es debida á la que él llama la forma peor de Protestantismo: la Iglesia Episcopal Anglicana. Empieza así el citado trabajo:

«Mirada á cierta distancia esta hermosa isla, aparece como las ruinas de una ciudad encantada, á la que alumbrá la indecisa luz del crepúsculo vespertino. Su antigua gloria y poderío, han pasado, quizás para siempre. Los cantares mas patéticos de sus afamados bardos, no son tan sublimes ni tan sentidos, como el arrullo de una madre irlandesa adormeciendo á su hijito famélico. Las querellas por su pobreza, y el grito arrancado por el sufrimiento, son más conmovedores que sus más sentimentales y bellísimas melodías. Sus dolores y su deshonra no mueven el corazón de sus opresores; pero, ciertamente, son oídos por el Dios de los pobres.»

Es verdad, que aun antes de que Enrique VIII, cual otro Mahoma intentara, espada en mano, imponer á Irlanda la Reforma, la política de Inglaterra para con la Isla hermana, era una política de dominación y de pillaje. Pero desde que la nueva religión vino á sancionar todo atropello, y á estimular la persecución política, no menos que la religiosa, empezó para Irlanda una era de martirio que aún no ha terminado. No hay crueldad ni ultraje que no hayan cometido allí los ingleses. Han saqueado ciudades, incendiado pueblos, violado mujeres y degollado millares de niños y gente indefensa. Cada día se confiscaban sus propiedades á los católicos; y como consecuencia, no se hizo esperar la aparición del hambre y la miseria.

En el reinado de la Jezabel sajona, la bastarda hija de Enrique VIII, parte por el hambre y parte por la guerra, pereció la mitad de la población. Nada tiene ya de extraño que al acercarse la hora de la muerte, aterrada su conciencia por la terribilidad de la próxima cuenta, y perseguida por el espectro de la asesinada Irlanda, mandara la impía reina fueran inmediatamente devueltas muchas de las posesiones confiscadas.

Da una idea del estado de los campesinos por aquellos tiempos, un pasaje del poeta Spencer que se había hecho con 3.000 acres de terreno confiscado, y recomendaba la continuación de análogas medidas. Dice así: «Por lo más oculto de los montes y de los valles, veíanse hombres que andaban á gatas por no poder sostenerse sobre sus piernas. Parecían esqueletos ó sombras de la muerte. Se tenían por dichosos cuando hallaban carne muerta que comer; para lo que á veces, desenterraban los cadáveres. Si por el campo encontraban algunos berros ó un poco de trébol, era para ellos un opíparo banquete...»

Al subir al trono Jacobo I, se implanta de nuevo, aunque en mayor escala, el sistema de confiscación. Por todas partes se descubren conspiraciones católicas, que no existían sino en el deseo de hallar un pretexto para robar haciendas y propiedades. Aún empeoraron las cosas en tiempo de Carlos I. Diéronse edictos de proscripción para toda la nobleza católica de los condados de Meath, Wicklow, Dublin y para 300 señores de Kildare; resultando, como consecuencia de estos destierros, un robo oficial de 3.500.000 acres de terreno. Viene después Cromwell, el «Defensor de la libertad inglesa.» Bajo el régimen de este monstruo sediento de sangre, todo católico irlandés era un traidor. Su invasión de Irlanda, fué el degüello general de un pueblo hambriento é indefenso. Tanto él como sus tropas, proclamáronse enviados por el mismo Dios para perseguir á los católicos á sangre y fuego, considerándose como un crimen cualquier acto de compasión con los vencidos. En esta guerra exterminadora, degolláronse millares de personas, á algunos se transportó á América en calidad de esclavos, y otros, en gran número, se desterraron voluntariamente de un país donde la vida les era ya imposible. Los pocos que no abandonaron su patria, se vieron forzados á labrar la tierra para sus ladrones y asesinos, y á sufrir en paciencia el duro látigo que desangraba sus espaldas.

Hasta ahora, ¿donde están para la *Verde Erin* las humanitarias influencias del Protestantismo? ¿Acaso en aquella caza (como suena) de clérigos católicos, diversión de las más entretenidas de aquella época?

La restauración de Carlos II vino á confirmar los actos de Cromwell, relativos á Irlanda. Otras 3.000 familias son ahora despojadas de sus haciendas. Pero donde el Protestantismo halló un instrumento dócil para reducir é Irlanda al último grado de abatimiento porque puede pasar un pueblo, fué en el usurpador Guillermo de Orange. Este Monarca llevó la persecución religiosa hasta un extremo de donde no pasaron los antiguos Neronés y Dioclecianos. Todos, bajo penas pecuniarias ó de prisión, debían asistir á los actos del culto protestante. Al que abría una escuela se le castigaba con la pena de 20 libras esterlinas ó tres meses de prisión. Si el hijo de una familia católica abjuraba la religión de sus padres, entraba inmediatamente en posesión de la hacienda. Ningún católico podía heredar á parientes protestantes. Todo sacerdote católico debía salir desterrado del país, y

otras barbaridades por el mismo tenor. En 1709 se dan nuevas leyes, estimulando por medio de premios el cumplimiento de las anteriormente dictadas. «Á quien descubriera un Arzobispo, Obispo, Vicario-Apostólico, ó cualquier otra persona que ejerciese jurisdicción eclesiástica *extranjera*, se le daban 50 libras esterlinas; 20 si se delataba á un clérigo secular ó regular, y 10 si á un maestro de escuela» (1).

(1) Para mejor entender la apurada situación en que se puso por este tiempo á los heroicos y fieles irlandeses, queremos extractar del «Código penal contra papistas,» compuesto en su mayor parte en los reinados de Guillermo III y Jorge I, algunas leyes verdaderamente draconianas.

Leyes relativas á los derechos civiles. Ningún católico puede sentarse en el Parlamento irlandés, ni tener voto en las elecciones, ni formar parte de los Jurados, ni pertenecer al Ejército, ni á la Armada, ni á la Magistratura, ni á Corporación alguna municipal, ni desempeñar oficio alguno de gobierno alto ni bajo. Si no es en los telares, en ninguna industria ú oficio puede tener más de dos dependientes ó aprendices. No pueden poseer un caballo que valga más de cinco libras; por tanto, todo Protestante que entregue dicha cantidad, es por el mero hecho dueño del animal. No pueden asistir á las Universidades, ni ser mandados á estudiar en el extranjero. Se les incapacita para ser maestros de escuela ó tutores de huérfanos.

Leyes relativas á la propiedad. Ningún papista puede comprar, heredar ó aceptar terrenos que hayan pertenecido á protestantes; si lo hiciere, el primer protestante que lo denuncie se constituirá propietario. Item: si un católico por su industria y trabajo aumentare los productos de su hacienda hasta cierta cantidad que se fijará por ley, sin que proporcionalmente aumente también su contribución, incurrirá en la pérdida de sus bienes, que pasarán al protestante que ponga el hecho en conocimiento de la autoridad.

Leyes relativas á la vida doméstica. Si el primogénito de una familia católica se hiciera protestante, pasará á ser el representante de la casa, y su hacienda no podrá ser vendida ó cargada con gravamen alguno. Si un hijo aunque sea menor de edad quiere hacerse protestante, será al punto apartado de sus padres católicos, y puesto bajo la tutela de algún pariente protestante. Igualmente si la esposa de un papista reniega de la religión romana, se la libra de cualquier sujeción á su marido, de cuya hacienda se le asignará cierta parte para su congrua sustentación. Ningún protestante puede casarse con papista so pena de incurrir en las incapacidades del Código penal. El sacerdote que bendijere tal matrimonio será ahorcado.—Aquí huelgan los comentarios.

En 1727 sube al trono Jorge II, y el cuchillo se ahonda aún más en el corazón de la moribunda Irlanda. Los católicos que todavía formaban *cinco sextas partes de la población*, fueron privados de las pocas franquicias y privilegios que aún les quedaban, lo que dió lugar á resistencias y alzamientos que fueron reprimidos fusilando y ahorcando á cualquiera que fuese irlandés, sin guardar aún las formas ordinarias de derecho.

El siglo XIX empieza con la célebre *Act of Union*, como la llaman; que, en frase de un historiador, no fué otra cosa que un sistema de latrocinio, violencia y falsía, autorizado por la ley. Para hacer ver que la política de Inglaterra con Irlanda no cambió en este siglo á pesar de la suavidad de costumbres y rectitud de principios de que se gloria, bastará recordar que en el trienio de 1818 á 1821 entabló el clero anglicano 100.000 causas criminales para cobrar sus injustos diezmos de un país empobrecido y hambriento. Diez millones de duros se extraían anualmente de un pueblo, en su inmensa mayoría católico, para llenar los bolsillos de cuatro Arzobispos, ocho Obispos y 1.200 sacerdotes anglicanos, la mitad de los cuales en su vida habían visto las parroquias que tan pingües rentas les producían.

Pocos años después se hizo sentir un hambre cruel; y aunque estaban repletos los graneros de los humanitarios lores, que filantrópicamente se habían incautado de la propiedad de Irlanda, no bastó para conmoverles el corazón la presencia de tantas lástimas, cuya sola narración excitó á almas compasivas en los Estados Unidos y aun en Turquía, á enviar naves cargadas de víveres con que socorrer la apremiante necesidad de los heroicos irlandeses (1).

En lo tocante á la India, hacemos nuestras las siguientes palabras de Mr. Seymour Keay: «El efecto desmoralizador que nuestra dominación produce en el carácter de los naturales de la India, es desgraciadamente un argumento más, que corrobora un dicho de Shore, repetido después por Campbell. Según estos es-

(1) Con ocasión de esta hambre (año de 1831), decía el Obispo irlandés Doyle que era cosa corriente y que ya á nadie extrañaba encontrar por cualquiera parte personas hambrientas agonizando. De los 7.767.000 habitantes que á la sazón tenía Irlanda, 4.863.000, ó sea el 63 por 100, eran arrendatarios ó braceros que no ganaban sino 12 ó 13 reales por semana.

critores, el modo de ser de un pueblo y sus costumbres características desaparecen y se corrompen en proporción al tiempo que esté sujeto á nuestro gobierno. Y, ciertamente, en el transcurso de pocos años hemos destruído la fidelidad y honradez natural del indio, y en cambio le hemos enseñado mil embustes y trapacerías. Hoy es dicho común, que no hay un indio honrado, y los pocos que lo parecen son los mayores pícaros y tunantes. Nuestro sistema de legislación, gobierno y aun de educación, tiende á convertirlos en irreligiosos, holgazanes y penderciosos. Ha desaparecido de todos la mutua confianza. Antiguamente, la palabra empeñada era tan sagrada como un juramento: hoy ya los juramentos nada valen; y ningún banquero presta un céntimo si no es con hipotecas...» (De la Revista *Nineteenth Century*, Julio 1883.)

Fácilmente se echan de ver cuáles serán los efectos civilizadores del monopolio absorbente y sin igual que ejerce la «British East India Company;» Mr. Lester llama á esta política «sistema de robar á los indígenas, y apoderarse de todas sus tierras.» ¿Qué consecuencias se pueden esperar de tales antecedentes? Las que en la práctica se han visto: la muerte por hambre de millones de indígenas. Razón tiene el Dr. Bowring, citado por Lester. «Nosotros nos preciamos de nuestra cultura, religiosidad é instrucción: ¿cuál de estos bienes hemos llevado á la India? Nuestro país es eminentemente comercial. ¿Hemos hecho sentir en la India las benéficas influencias que acompañan al comercio? ¿Qué aspecto presenta aquella colonia? Su suelo es de los más dispuestos para la agricultura por la diversidad de climas y fertilidad del terreno. Y, sin embargo, cientos de miles de indígenas están muriendo de hambre, mientras los almacenes de la «East India Company» están abundantemente repletos de toda clase de alimentos y producciones, que arrancamos de aquel país por la fuerza de un ejército en pie de guerra. Nos preciamos de nuestra religión; ¿qué hemos hecho por extender el cristianismo entre los indios? Somos una nación bien gobernada, y apreciamos la libertad en lo mucho que se merece; ¿les hemos dado libertad? ¿Siquiera justicia?» (*The Glory and Shame of England*, vol. II, pág. 428.)

La dominación protestante no sólo ha esclavizado, sino que también ha desmoralizado la India. «En el sistema colonial implantado en la India—prosigue Mr. Lester,—el aspecto más re-

pugnante es la degradación á que se halla reducida la mujer. Las religiones de Brama y de Mahoma considéranlas como seres de naturaleza inferior, como esclavas; pero los cristianos de Inglaterra han hecho más, mucho más: en ninguna parte la esclavitud ha echado tanto cieno y degradación sobre el sexo femenino. Uno de los periódicos de gran circulación de Londres escribía: «Con el nombre de criadas domésticas ó labradoras del campo, tienen rebaños de concubinas y bailarinas, destinadas á la prostitución, cuya infame ganancia va á engrosar la bolsa de los amos.» (Ibid., pág. 433.) El más vergonzoso desenfreno se permite á los militares, desde el último soldado hasta el jefe de más graduación; y en las marchas al interior son frecuentes brutales ultrajes cometidos aun por los oficiales con las jóvenes indígenas.

Concluyamos este capítulo, diciendo con Lester: «¿Qué ha hecho Inglaterra los dos siglos y medio que domina en la India? Huelga la respuesta. Ya se ve. Una colonia pagana puede ser de tanta utilidad para la metrópoli como otra cristiana, y aún más; porque los idólatras se avienen más fácilmente á arrastrar la cadena de la servidumbre.» (Ibid., págs. 435-36.)